ADVERTENCIA

SOBRE LA TERCERA EDICION.

En el texto de las dos ediciones primeras se han hecho algunas modificaciones. Unas han tenido por objeto generalizar el debate, y aun elevarlo más sobre todas las cuestiones de personalidades, que son enteramente agenas á esta vasta discusion de principios; el objeto de otras ha sido consignar, ya los hechos observados en fisiologia sobre la renovacion de los tejidos orgánicos, ya algunos otros puntos particulares. Los lectores que tengan á la vista nuestras primeras ediciones, notarán estos cambios con facilidad.

Como lo habíamos previsto en nuestra Introduccion, nuestros contemporáneos han recibido de diversa manera este ensayo del establecimiento de una filosofía religiosa sobre los principios de la ciencia positiva. Unos continuan atrincherándose detrás de las formas estrechas y estacionarias de la ilusion mística; y otros continúan creyendo que conocen la materia, y que el poder que le han concedido debe en adelante suceder á la idea de Dios. En ambos casos, el mas sordo es aquel que no quiere oir.

Nuestro gozo mas profundo ha sido convencernos de nuevo, por el rápido éxito conseguido por esta publicacion y por numerosos testimonios, de que nos han comprendido todos aquellos que, desprendidos del espíritu de sistema, buscan libremente la verdad.

La contemplacion científica de la naturaleza ha interesado por su encanto á las almas inclinadas al culto de lo bello. El autor de *Dios en la Naturaleza* no ambiciona otros sufragios. Su esperanza mas querida, y su triunfo mas durable, serán sin disputa, el saber que las grandes doctrinas de que se ha hecho apóstol fervoroso van extendiéndose cada vez mas en el mundo de las inteligencias, y que millares de corazones palpitan á un mismo tiempo de admiracion contemplando la obra eterna.

Mont Saint-Michel, noviembre de 1867.

INTRODUCCION.

El objeto de esta obra es presentar el estado actual de nuestros conocimientos precisos sobre la naturaleza y sobre el hombre. La exposicion de los últimos resultados á que ha llegado el espíritu humano en el estudio de la creacion es, á nuestro parecer, la base verdadera sobre que pueda fundarse al presente toda conviccion filosófica y religiosa. En nombre de las leyes de la razon, tan magníficamente justificadas por el progreso moderno, y en virtud de los principios ineludibles que constituyen la lógica y el método, nos ha parecido que en adelante debemos proseguir la investigacion de la verdad por medio de las ciencias positivas. Si tenemos la ambicion de llegar personalmente á la solucion del mayor de los problemas; si tenemos la sed ferviente de alcanzar nosotros mismos una creencia en la cual pueda nuestra inteligencia encontrar su reposo y mantener su vida; y si estamos despues animados del legítimo deseo de llevar á los que buscan todavía el consuelo que hemos hallado, no tememos afirmarlo nunca, en la ciencia experimental es en donde debemos buscar los medios de conocer; y por ella debemos marchar. El escepticismo, la duda universal reina en el seno de nuestra alma; su ojo escrutador, al cual no fascina ninguna ilusion, vela en el fondo de nuestros pensamientos. No encontramos malo que así sea; no vituperamos á Dios porque al crearnos no nos haya revelado todas las cosas, y nos haya dado el derecho

de discusion. Este carácter de nuestra era es bueno en sí mismo; es la gran condicion de nuestro progreso. Pero si el escepticismo vela en nosotros, la necesidad de creencia nos arrastra. Podemos dudar, pero nos sentimos dominados y arrebatados por el insaciable deseo de conocer. Necesitamos una creencia; los espíritus que se precian de no tener ninguna, están mas cerca de caer en la supersticion ó desaparecer en la indiferencia.

Lleva el hombre en su naturaleza una necesidad tan imperiosa de fijarse en una conviccion, particularmente bajo el punto de vista de la existencia de un ordenador del mundo y del destino de los séres, que si no le satisface ninguna fe, necesita demostrarse que Dios no existe, y busca el reposo de su alma en el ateismo y la doctrina de la nada. Por tanto, la cuestion actual que nos apasiona no es ya saber cuál es la forma del creador, el carácter de la mediacion, la influencia de la gracia, ni discutir el valor de los argumentos teológicos; la cuestion verdadera es saber si Dios existe ó no. Pero debe notarse que en general la negativa está sostenida por los experimentadores de la ciencia positiva, mientras que la afirmativa tiene por principales defensores hombres extraños al movimiento científico.

Un observador atento puede actualmente apreciar en la sociedad pensadora dos tendencias dominantes diametralmente opuestas. Por un lado, vemos á los químicos de la naturaleza ocupados en tratar y triturar en sus laboratorios los hechos materiales de la ciencia moderna, para extraer de ella su esencia y quinta esencia, declarando que la presencia de Dios no se manifiesta nunca en sus manipulaciones. Por otro lado vemos á los teólogos escondidos entre los empolvados manuscritos de las bibliotecas góticas, hojeando, compulsando, interrogando, traduciendo,

compilando, citando y recitando sin cesar versículos dogmáticos, y declarando con el ángel Rafiel que desde la pupila izquierda á la pupila derecha del Padre eterno hay treinta mil leguas de un millon de varas de cuatro palmos y medio. Queremos creer que por ambas partes hay buena fe, y que así los segundos como los primeros están animados del deseo sincero de conocer la verdad. Los primeros creen representar la filosofía del siglo vigésimo; los segundos guardan respetuosamente la del décimo quinto. Los primeros pasan por delante de Dios sin verle, como el aeronauta atraviesa el espacio; los segundos miran al través de un prisma que empequeñece y colora la imágen. El observador extraño é independiente que procura explicarse esas contrarias tendencias, se admira de verlos obstinados en su sistema particular, y se pregunta si decididamente es imposible interrogar directamente al vasto universo, y ver á Dios en la naturaleza.

Respecto á nosotros, que no pertenecemos á ninguna secta, nos hemos planteado libremente el mismo problema. Delante del espectáculo de la vida terrestre, en medio de la naturaleza resplandeciente, bajo la luz del sol, á la orilla de los mares embravecidos ó de las fuentes cristalinas, entre los paisajes de otoño ó en los bosquecillos de abril, y durante el silencio de las noches estrelladas, hemos buscado á Dios. La naturaleza explicada por la ciencia nos lo ha mostrado bajo un carácter particular. Ahí está visible como la fuerza íntima de todas las cosas.

Hemos considerado en la naturaleza las relaciones armónicas que constituyen la belleza real del mundo, y en la estética de las cosas hemos encontrado la manifestacion gloriosa del pensamiento supremo. Ninguna poesía humana nos ha parecido comparable á la verdad natural; y el Verbo Eterno nos ha hablado con mas elocuencia en las obras mas modestas de la

naturaleza, que el hombre en sus cantos mas pomposos.

Cualquiera que sea la oportunidad de los estudios que forman el objeto de este trabajo, no esperamos que agraden á todos, porque hay unos á quienes no despertarán de su sueño, y otros á cuyas inclinaciones estarán lejos de satisfacer.

Se acusa á nuestra época de indiferencia, y merece esta acusacion. ¿En dónde están, en efecto, los corazones que laten por el amor puro de la verdad? ¿En qué alma reina la fe todavía, no se diga la fe cristiana, pero ni una creencia sincera en cualquier objeto? ¿Qué se han hecho aquellos tiempos en que las fuerzas de la naturaleza divinizadas recibian los homenajes universales, en que el hombre contemplativo y admirador saludaba fervorosamente al poder eterno manifestado en la creacion? ¿Qué se han hecho aquellos tiempos en que los hombres eran capaces de verter su sangre por un principio, en que las repúblicas tenian á su cabeza una idea y no un ambicioso? ¿En dónde están aquellos tiempos en que el genio de un pueblo, esculpido en Nuestra Señora de París ó en San Pedro de Roma, se arrodillaba y oraba, prosternado inmóvil en su manto de piedra? ¿A dó se fué la virtud patriótica de nuestros padres abriendo las puertas del panteon á las cenizas de los héroes del pensamiento, y relegando á la noche del olvido la falsa gloria de la ociosidad y de la espada? No nos avergonzamos de confesarlo, puesto que tenemos la debilidad de sufrir tal abatimiento: cubiertos de egoismo, ya no tienen nuestros espíritus mas ambicion que el interés personal. Riquezas de procedencia equívoca, laureles robados mas bien que ganados, una dulce quietud, una profunda indiferencia para los principios, ¿no es este precisamente nuestro lote? Los que no consienten en inclinar su frente delante de la hipocresía,

viven apartados del mundo brillante; trabajan en la soledad, profundizan en el silencio de la meditacion los abismos de la filosofía; y si permanecen fuertes, es porque no se atrofian con el contacto de los fantasmas. Es en verdad un doloroso contraste ver que el progreso magnífico y sin precedente de las ciencias positivas, que la conquista sucesiva del hombre sobre la naturaleza, al mismo tiempo que han elevado tan alto nuestro espíritu, han dejado caer nuestro corazon en un abatimiento tan profundo. Doloroso es sentir que mientras por una parte la inteligencia afirma su poder cada vez más, por otra se extingue el sentimiento, y la vida íntima del alma se olvida más y más bajo el predominio de la carne.

La causa de nuestra decadencia social (decadencia pasagera, porque la historia no puede desmentirse á sí misma) está en nuestra falta de fe. La hora primera de nuestro siglo ha oido el último suspiro de la religion de nuestros padres. En vano se harán esfuerzos para restaurar y reconstruir: al presente no son mas que simulacros; lo que está muerto, no puede resucitar. El soplo de una inmensa revolucion ha pasado por encima de nuestras cabezas, arrojando al suelo nuestras antiguas creencias, pero fecundando un mundo nuevo. Atravesamos en esta edad la época crítica que precede á toda renovacion. El mundo camina. Vanamente se imagina la gente política como la de Iglesia, cada una por su parte, continuar la representacion del pasado sobre una escena empedrada de ruinas; no podrán impedir que el progreso nos arrastre á todos hácia una fe superior, que aun no tenemos, pero hácia la cual caminamos. Y esta fe es la creencia en el verdadero Dios por medio de las ciencias, es la ascension hácia la verdad por el conocimiento de la creacion.

Preciso es estar ciego ó tener algun interés en en-

gañarse á sí mismo y en engañar á los demás (¡ay! muchos están en este caso!), para no ver y para no procurar explicarse el estado actual de la sociedad pensadora. Porque la supersticion ha matado el culto religioso, le hemos abandonado y despreciado; porque el carácter de lo verdadero se ha revelado mas claramente á nuestras almas, aspiran á un culto puro; porque el sentimiento de la justicia se ha afirmado delante de nosotros, reprobamos hoy las instituciones bárbaras que, como la guerra, recibian no há mucho los homenages de los hombres; y porque el pensamiento se ha libertado de las trabas que lo sujetaban al suelo, no admite ya las tentativas hechas para imponerle cualquiera esclavitud. En esto, sin contradiccion, hay progreso. Pero en la incertidumbre en que estamos todavía, en medio de las turbulencias que nos agitan, echando de ver la mayor parte de los hombres que sus impresiones y sus tendencias mas generosas chocan aun fatalmente contra la inercia del pasado, se retiran al silencio si tienen medio y fuerza para ello, ó se dejan ir con la corriente general hácia la grande atraccion de la fortuna.

En las épocas críticas es en donde se despiertan las luchas, luchas intermitentes sobre problemas eternos, cuya forma varía segun el espíritu de los tiempos, y reviste sucesivamente un aspecto característico. En nuestra época de observacion y experimentacion, los materialistas tienen el buen talento de apoyarse en los trabajos científicos, y de parecer que deducen su sistema de la ciencia positiva. Los espiritualistas, por el contrario, pretenden en general colocarse por encima de la esfera de la experiencia y dominar tambien en las alturas de la razon pura. A nuestro parecer, el espiritualismo, para vencer, debe medirse hoy sobre el mismo terreno que su adversario y combatirle con las mismas armas. No perderá nada

de su carácter consintiendo en descender á la arena, y nada tiene que temer en tentar una prueba con la ciencia experimental. Las luchas empeñadas, los errores que debe combatir, no son peligrosos para la causa de la verdad: al contrario, sirven para examinar mas rigorosamente las cuestiones, para estrecharlas mucho mas, y para preparar una victoria mas completa. La ciencia no es materialista ni puede servir al error. ¿Por qué habian de temerle el espiritualismo y la religion pura? Dos verdades no pueden ser opuestas la una á la otra. Si existe Dios, su existencia no podria ponerse en duda ni ser combatida por la ciencia. Por el contrario, tenemos la íntima conviccion de que el establecimiento de los conocimientos precisos sobre la construccion del universo, sobre la vida y el pensamiento, es actualmente el único método eficaz para ilustrarnos sobre el problema que se debate, para enseñarnos si la materia reina sola en el universo, ó si debemos reconocer en la naturaleza una inteligencia organizadora, un plan y un destino de los séres.

Tal es, al menos, la forma bajo la cual se ha presentado la discusion á nuestro espíritu ansioso, y se ha impuesto á nuestro trabajo. Tenemos la esperanza de que esta tentativa de tratar la cuestion de la existencia de Dios por el método experimental servirá al progreso de nuestra época, porque está en relacion con sus tendencias características. Satisfechos quedaremos si la lectura de este libro hace que penetre un rayo de luz en los pensamientos indecisos, y si despues de inclinarse silenciosamente sobre nuestros estudios, se levanta alguna frente con el sentimiento de su verdadera dignidad.

Si, en general, los ideólogos franceses no han aplicado el método científico á los problemas de la filosofía natural, en cambio, ciertos sabios han tra-

tado los objetos de nuestro conocimiento, bajo el punto de vista de las relaciones generales que se manifiestan en el mundo, y de las fuerzas que constituyen su viviente unidad. Tenemos el placer de señalar, entre las obras de este carácter, los diferentes trabajos de M. A. Laugel, que repetidas veces hemos utilizado en esta obra. Los problemas de la naturaleza y los problemas de la vida, ¿no conducen, en efecto, al primero de los problemas? y el examinar las fuerzas en accion en el organismo del universo, ¿no equivale á examinar los diversos modos de la fuerza esencial y original? Las investigaciones que tienen por objeto el estudio de la naturaleza pueden servir á la filosofía á veces mas seguramente que los tratados ó los ditirambos especialmente consagrados á la metafísica.

Los mismos escritos de Moleschott y Büchner nos han facilitado los elementos de su propia refutacion. La circulacion de la vida, expuesta por el primer profesor, nos demuestra en la vida una fuerza independiente y trasmisible, dirigiendo los átomos segun leyes determinadas y segun el tipo de las especies. El exámen de la fuerza y de la materia, establece por otra parte la soberanía de la fuerza y la inercia de la materia.

Siendo la fuerza y la extension los primeros principios del conocimiento, y siendo la primera filosofía la ciencia de los primeros principios, la presente obra podria considerarse como un estudio de filosofía primera, si no nos hubiésemos resuelto limitarnos á una discusion puramente científica. Este es aquí, en efecto, el objeto esencial, y el que, á decir verdad, ofrece mas atractivos á pesar de la aridez aparente del trabajo. Hemos pensado que el único medio fructuoso de combatir la negacion contemporánea es lanzar contra el materialismo ese mismo materialismo científico á que apela, y emplear sus propias armas en su derrota. Esta empresa pertenece, pues, á la ciencia antes de pertenecer á la filosofía. La ideología, la metafísica, la teología, y aun la misma psicologia se han apartado de ella en lo posible: no razonamos sobre las palabras, sino sobre los hechos. Las verdades significativas de la astronomía, de la física, de la química y de la fisiología, son en sí mismas los patrióticos defensores de la realidad esencial del mundo.

Por difícil que parezca á primera vista la refutacion científica del materialismo contemporáneo, nuestra posicion es muy ventajosa desde el instante en que nos colocamos sobre el mismo terreno que nuestros adversarios. En esta guerra eminentemente pacífica, estamos de antemano seguros de la victoria. Bástanos, en efecto, puesto que nuestro enemigo está en una falsa posicion, descubrir esta posicion falsa y hacerle perder su equilibrio. El método es sencillo é infalible, y tan seguro que lo revelamos de antemano: una vez mudado el centro de gravedad, todos los mecánicos saben que el individuo sorprendido de esta manera cae al punto y va á buscarle al suelo. Tal es el cuadro que vamos á tener á la vista. Algunos críticos han supuesto que, en nuestro método, se escaparia á veces alguna sonrisa, alguna ironía. No podemos ser juez en nuestra propia causa, pero aun cuando la acusacion fuese fundada, todavía la culpa no seria nuestra, sino solamente de los acontecimientos, cuyo lado grotesco dominaria momentáneamente el lado serio, gracias á nuestros adversarios que se han extraviado á menudo en las consecuencias mas curiosas.

Al hablar de este modo, debemos rogar á nuestro lector que crea que, si por extraordinario nos ocurre tratar con alguna dureza á uno ú otro de nuestros adversarios, tampoco debe culpársenos, por cuanto nunca obramos por estos medios extremos sino en las

ocasiones (demasiado frecuentes tal vez para ellos) en que nuestros adversarios se obstinan en no dejarse vencer. En tal caso nos vemos obligados á atacarlos empleando una táctica un poco mas dura hasta obligarlos á confesar por el argumento irresistible del mas fuerte, que son efectivamente los mas débiles en esta guerra de principios. Y además, no hay necesidad de añadir que son siempre principios los que atacamos, y nunca á la persona de los que los sustentan. Toda personalidad está, por la naturaleza misma de la cuestion, fuera del campo de batalla. Por otra parte, tampoco creemos que nuestros adversarios pongan en práctica el materialismo absoluto, el de los viles intereses y de las pasiones egoistas; y nosotros no tenemos otra intencion que discutir las teorías.

Dividiremos nuestra argumentacion general en cinco partes. Nuestra intencion es demostrar en cada una de ellas la proposicion diametralmente opuesta á la que sostienen los eminentes defensores del ateismo. Así, pues, en la primera nos esforzaremos en establecer, primero por la observacion de los movimientos celestes, y despues por la del mundo inorgánico terrestre, que la fuerza no es un atributo de la naturaleza, y que al contrario es su soberana, su causa directriz. En el segundo libro confirmaremos por el estudio fisiológico de los séres que la vida no es una propiedad fortuita de las moléculas que los componen, sino una fuerza especial que gobierna los átomos segun el tipo de las especies. El estudio mismo del orígen y de la progresion de las especies servirá á nuestra doctrina. En el libro tercero observaremos, mediante el exámen de las relaciones del cerebro con el pensamiento, que hay en el hombre otra cosa que materia, y que las facultades intelectuales son distintas de las afinidades químicas; la personalidad del alma afirmará su carácter y su independencia. El cuarto mostrará en la naturaleza un plan, un destino general y particular, un sistema de combinaciones inteligentes, en cuyo seno la vista imparcial no puede menos de admirar por una sana concepcion de las causas finales, el poder, la sabiduría y la prevision del pensamiento que ordenó el universo. Finalmente, el quinto libro, punto general adonde van á parar todas las consideraciones precedentes, nos colocará en la posicion científica mas favorable para permitirnos juzgar á la vez, la misteriosa grandeza del Sér Supremo, y la incontestable ceguedad de los que cierran los ojos para convencerse de que no existe.

El título verdadero de esta obra seria: *La contemplacion de Dios por medio de la naturaleza*. Desde que se anunció, hace años, hallarse en prensa esta obra, hemos modificado su título, que era en un principio puramente científico (*De la Fuerza en el universo*), para fijarnos definitivamente al que hoy lleva. Un título sin duda no es cosa de importancia esencial, y tal vez no merece que el autor lo explique tan formalmente; pero en el presente caso, creemos útil declarar desde luego que, el que viese en las cuatro palabras escritas en la cubierta de este libro la expresion de una doctrina panteista estaria en un completo error. Aquí no hay ni panteismo ni dogma. Nuestro objeto único es exponer una *filosofía positiva de las ciencias*, que contenga en sí misma una *refutacionno teológica del materialismo contemporáneo*. Tal vez sea un imprudente atrevimiento emprender de esta manera un camino intermedio entre los dos extremos que siempre han reunido grandes partidarios; pero cuando nos sentimos arrebatados y sostenidos por una conviccion particular y por un ardiente amor de un nuevo aspecto de la verdad, ¿podemos resistir al mandato interior que nos inspira? Al observador toca examinar

nuestra obra y decidir si nos ciega alguna ilusion, que se oculta para nosotros bajo el prestigio de la verdad. Sin embargo, no podemos dejar de confesar que el dia en que hemos leido en Augusto Comte que la ciencia habia concedido el retiro al Padre de la Naturaleza, y que acaba de «acompañar á Dios hasta sus fronteras, dándole gracias por sus servicios interinos,» nos hemos sentido algun tanto lastimados por la vanidad, del dios-Comte, y nos hemos dejado llevar del deseo de discutir el fondo científico de semejante pretension. Entonces nos hemos convencido de que el ateismo científico es un error, y que otro es la ilusion religiosa (y digámoslo de paso, el cristianismo nos parece todavía esotérico). Nuestros conocimientos actuales sobre la naturaleza y sobre la vida nos han representado la idea de Dios bajo un carácter cuyo valor no podrán sin duda desconocer tanto la teodicea como el ateismo. A nuestros ojos, el hombre que niega simplemente la existencia de Dios, y el que define á este sér Desconocido y se empeña en explicar todos los puntos oscuros, uno y otro son dos séres igualmente cándidos que cometen el mismo error.

Nosotros, empero, no tratamos de emplear aquí el método antinómico, y sobre todo no queremos revestirnos de una apariencia de misterio. Entremos, pues, desde luego en nuestro asunto, declarando que hemos hecho todos nuestros esfuerzos para exponer con la independencia mas sincera lo que creemos ser la verdad. ¡Ojalá que estos estudios puedan ayudar á subir el sendero del conocimiento, á los espíritus que dan importancia á su tránsito sobre la tierra y al progreso de la humanidad!

París, mayo de 1867.

LIBRO PRIMERO

LA FUERZA Y LA MATERIA.

Numeri regunt Mundum.